

De violeta

María de Miguel*

Mientras a papá se lo lleva el Alzheimer, yo le traigo caramelos de violeta. Vienen en caja redonda y sin esquinas, como todo lo bueno. Parece mentira que me siga ocurriendo, ese entrar mío en la confitería engañado por el escaparate, una oda a la perdición; ese bailar me el antojo entre las guindas del Edén y las lágrimas de mora: «cómelas, cómelas sin demora», reza el cartel. El tendero me pregunta tras el mostrador, y mi dedo señala el tarro de siempre: «Una mediana», suplico. Agarro la caja y salgo culpable, acaso algo derrotado; las flores de azúcar bandean en su interior derretidas por el agosto; vienen tan pegadas que no sé qué costará más, si separarlas o masticarlas, pero nada más excitante que dejarse las uñas o los molares, en lo que a uno le gusta. Eso mismo le digo a Marta algunas noches, aunque ella se ría y me siga besando.

La residencia queda al final de la rampa, envuelta en la hierba. Papá suele esperarme en el jardín, junto a Nacho; cuando me acerco, huele a Varón Dandy, a ganas de verme y a Nescafé. Según le quita las legañas, Nacho me cuenta que ya no le hace falta tanta fuerza con él, que lo encuentra más dócil y dispuesto al sí; entonces pienso en la rebeldía como signo de vida, pero ya Nacho le está anudando las playeras, y luego me mira, y tal parece que quisiera abrazarme, aunque se frene. A fin de cuentas, sólo es un enfermero; y yo, el hijo de un sentenciado. Después papá se remanga, hace rosca con

la derecha e intenta abrir la caja, sin maña; Nacho amaga un gesto de ayuda, y papá se pone bravo y le aparta el tesoro, que recuerdos le faltan, pero carácter no.

—«Auténticos La Violetera», ¿te acuerdas papá?, el deseo lila de antes del cine.

—Pero papá persiste en la rosca hipnotizado por el morado, levanta la tapa y extrae una violeta, la gira sobre la palma y la vuelve a girar.

—Te acuerdas, papá, las prisas del sábado se hicieron costumbre; aún bailaba el flan sobre la mesa cuando rastreábamos la cartelera para descubrir, invariablemente, que el próximo pase nos venía raspado. Enseguida agarrabas la caja de violetas, las llaves de la vespino y mi entusiasmo; salíamos con el postre a medias y saltábamos de la taquilla del Maravillas al despiste de la sesión, la continua. Esas historias nos desvelaban el destino del viaje antes de conocer su propósito, y luego, de vuelta, bajábamos Alcalá con la lengua malva de tanto especular.

En vano. Me apoyo en la silla, y papá no contesta. Chupa el caramelo como si chupara un recuerdo, sin memoria; en un respiro, se fija en la línea de setos que detiene el jardín. Recorre la arizónica buscando un resquicio, el más allá; un ojo entre el verde que lo abra a la vida, aunque sea otra. Nacho se acerca y le da su pastilla. Papá la guarda en la caja, es redonda y no tiene esquinas.



* Inmunóloga y traductora, Madrid (España). Dirección para correspondencia: mmiguel4@yahoo.es